

# El libro de Daniel - Número ciento ochenta y cinco

## *La divinidad encarnada: la profunda confesión de Pedro y sus implicaciones*

Jeff Pippenger

2024-04-15

Cuando Pedro expuso su respuesta a la pregunta de Cristo sobre quién dicen los discípulos que es Cristo, lo identificó como el Ungido, el Cristo, el Mesías. También dijo que Él era el Hijo de Dios.

Cuando Jesús llegó a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que soy yo, el Hijo del Hombre? Y ellos dijeron: Unos, que eres Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o uno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces Jesús le respondió: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos. Mateo 16:13-19.

Por medio de Pedro, el Espíritu Santo presentó la verdad esencial para que los ciento cuarenta y cuatro mil la entendieran. Lo hizo en Panium, que era Cesarea de Filipo. Panium es el lugar de templo más sagrado del culto al dragón, porque Grecia representa al mundo, y el mundo en los últimos días es las Naciones Unidas, que es el representante terrenal del dragón. Las "puertas del infierno" es un nombre para el templo de Pan, el dios-cabra griego. El templo fue construido frente a una cueva que contenía la Fuente de Panium. La Fuente de Panium alimentaba el río Jordán, que es un símbolo de Cristo.

El nombre "Jordán" significa "descender", y comienza su curso en la región montañosa del norte de Israel, tomando su fuente principal de los manantiales del monte Hermón, el pico más alto de la cordillera del Hermón, donde se encuentra el manantial llamado las "puertas del infierno". Hermón significa "sagrado" y "Jordán" significa "descender". El río Jordán fluye desde las tierras altas del monte Hermón y desciende a través del Valle del Rift del Jordán, llegando finalmente al Mar Muerto, que es el punto más bajo de la superficie de la Tierra.

Las aguas que alimentan el río Jordán, que se originan en el templo de Pan y que finalmente llegan al punto más bajo de la tierra, representan el descenso que hizo el Hijo de Dios cuando dejó la montaña sagrada más alta para descender al "mar muerto" más bajo de este mundo. El descenso de Cristo desde el cielo hasta la muerte de cruz también representa que Él tomó sobre sí la carne del hombre caído, pues su viaje del cielo a la cruz fue alimentado por las aguas que se originaron en las "puertas del infierno".

El Mar Muerto no solo es el lugar más bajo de la Tierra, sino que sus aguas son las más saladas de la Tierra, nueve veces más saladas que el océano. La muerte de Cristo en la cruz, simbolizada por

el Mar Muerto, es donde Él confirmó su pacto con muchos.

Y toda oblación de tu ofrenda de alimento sazonarás con sal; ni permitirás que la sal del pacto de tu Dios falte de tu ofrenda de alimento: con todas tus ofrendas ofrecerás sal. Levítico 2:3.

En su curso desde los manantiales del monte Hermón, el río Jordán pasa por el mar de Galilea, que también se conoce como lago Tiberio y lago Kinneret. Galilea significa una "bisagra" o un "punto de inflexión". Tiberio es el nombre del gobernante romano que sucedió a Augusto César, y debido a la forma del lago, se le llama Kinneret, que significa "un arpa" o "una lira". El punto de inflexión para la humanidad fue cuando gobernaba Tiberio César y Jesús fue crucificado, y todas las arpas del cielo enmudecieron. El testimonio geográfico del río Jordán en relación con las "puertas del infierno", que es el templo del dios griego Pan, habla del testimonio que Pedro proclamó por inspiración del Espíritu Santo.

La encarnación de Cristo fue la combinación de la divinidad y la humanidad que ocurrió cuando el divino Hijo de Dios tomó sobre sí carne humana, combinando así la divinidad con la humanidad, como lo representan las aguas del manantial de Pan que alimentan el río Jordán. Lo que alimentaba el manantial de Pan era el rocío, la lluvia y la nieve que caían sobre los montes de Hermón, Hermón representando el monte "sagrado", que es la Jerusalén de arriba.

Cántico gradual de David. ¡Mirad, cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos habiten juntos en unidad! Es como el precioso unguento sobre la cabeza, que desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y que baja hasta el borde de sus vestiduras; como el rocío de Hermón, y como el rocío que desciende sobre los montes de Sión; porque allí el Señor ordenó la bendición: vida para siempre. Salmo 133:1-3.

El "precioso unguento" que descendía por la barba de Aarón era el aceite que se usó cuando él y sus hijos fueron ungidos como sacerdotes de Dios.

Y tomarás de la sangre que está sobre el altar, y del aceite de la unción, y rociarás sobre Aarón y sobre sus vestiduras, y sobre sus hijos y sobre las vestiduras de sus hijos con él; y él será santificado, y sus vestiduras, y sus hijos, y las vestiduras de sus hijos con él. Éxodo 29:21.

Pedro expresó la confesión de todos los discípulos y, al hacerlo, expresó la confesión de los ciento cuarenta y cuatro mil, que serán ungidos como un sacerdocio unificado que será levantado como estandarte. El "aceite" que ungió a Aarón también fue como el rocío del monte Hermón y también como el rocío de los montes de Sión. El "aceite" y el "rocío" son el mensaje que representa la unción del Espíritu Santo.

Escuchad, oh cielos, y hablaré; y oiga la tierra las palabras de mi boca. Caerá como la lluvia mi enseñanza, destilará como el rocío mi palabra, como llovizna sobre la hierba tierna y como aguaceros sobre el pasto. Porque proclamaré el nombre del Señor; atribuid grandeza a nuestro Dios. Deuteronomio 32:1-3.

El "rocío" es la "doctrina" que cae sobre los montes de Sión, y es el "aceite" de la unción que unifica a los ciento cuarenta y cuatro mil, que son los sacerdotes de Dios en los postreros días. La doctrina cae como lluvia y destila como rocío porque es "publicada". Se publica porque el cielo y

la tierra han de prestar oído y oír las palabras de su boca, por medio de un sacerdocio unificado que es el estandarte que proclama los mensajes del Clamor de Medianoche y del Clamor Fuerte.

¡Cuán hermosos sobre los montes son los pies del que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz; del que trae buenas nuevas de bien, del que anuncia la salvación; del que dice a Sión: ¡Tu Dios reina! Tus centinelas alzarán la voz; al unísono cantarán, porque verán cara a cara cuando el Señor haga volver a Sión. Prorrumpid en júbilo, cantad juntamente, lugares desolados de Jerusalén: porque el Señor ha consolado a su pueblo; ha redimido a Jerusalén. El Señor ha descubierto su santo brazo a la vista de todas las naciones; y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios. Isaías 52:7-10.

Los atalayas de los últimos días, representados por Pedro, proclaman salvación y paz, y estarán unidos, porque verán ojo a ojo. Esto sucede cuando "el Señor hace volver a Sión". La palabra hebrea traducida como "hacer volver" significa "revertir". Cuando el Señor revierte Sión, significa que Sión había estado en cautiverio, como lo representa la dispersión, y se revierte cuando el cautiverio cesa.

Porque así dice el Señor: Cuando se cumplan setenta años en Babilonia, os visitaré y cumpliré mi buena palabra para con vosotros, haciéndoos volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice el Señor, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, e iréis y oraréis a mí, y yo os escucharé. Y me buscaréis y me hallaréis, cuando me busquéis de todo vuestro corazón. Y seré hallado por vosotros, dice el Señor; y haré volver vuestra cautividad, y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os he arrojado, dice el Señor; y os haré volver al lugar de donde os hice llevar cautivos. Jeremías 29:10-14.

Todos los profetas se refieren a los últimos días, y en los últimos días su pueblo está en un cautiverio que ha de ser revertido, para cumplir el testimonio de la profecía.

La palabra que vino a Jeremías de parte del Señor, diciendo: Así dice el Señor, Dios de Israel: Escribe en un libro todas las palabras que te he hablado. Porque he aquí que vienen días, dice el Señor, en que haré volver la cautividad de mi pueblo Israel y Judá, dice el Señor; y los haré volver a la tierra que di a sus padres, y la poseerán. Jeremías 30:1-3.

Después de tres días y medio de estar dormidos, así como Lázaro durmió cuatro días y Daniel guardó duelo durante veintiún días, Miguel resucita a los dos testigos, que son Su pueblo de los últimos días, y los lleva a la unidad y también los unge mediante un mensaje que se publica en todo el mundo. Ese mensaje es el "rocío" del monte Hermón (la montaña sagrada), que alimenta el manantial de Pan, que luego alimenta el río Jordán. La unción que se logra por ese mensaje representa la unción de Jesús, la cual marcó el momento en que Él llegó a ser el Cristo, algo que Pedro reconoció.

Cuando Pedro identificó a Cristo como el Hijo de Dios, lo presentó como Hijo de Dios y como Hijo del Hombre, como lo representan las aguas de las "puertas del infierno" que alimentan el río Jordán. La confesión de Pedro fue producida por la inspiración del Espíritu Santo, y fue esa verdad, que Jesús era el Cristo, el Ungido, y que era tanto Dios como hombre, la que Jesús identificó como

la verdad que sería el foco de la batalla contra el pueblo de Dios de los últimos días, a quienes Cristo prometió que serían victoriosos, porque las “puertas del infierno” no prevalecerán contra esta verdad.

La verdad es que el 11 de septiembre de 2001, así como Jesús fue ungido en Su bautismo, comenzó el sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, y que en esa historia habría una decepción que mataría a Su pueblo de los últimos días, hasta que Él los resucitara e hiciera volver su cautiverio. El proceso de resurrección incluye la unificación de Su pueblo en un ejército poderoso que es levantado como estandarte. La obra de resucitar, purificar, unir y levantar, después de la muerte en las calles, se ilustra en los versículos diez al quince del capítulo once de Daniel, así como en otros pasajes bíblicos. Pero en los versículos trece al quince Cristo ha vuelto a llevar a Sus discípulos a Cesarea de Filipo, a Panium, y allí es donde el sello de Dios se imprime para la eternidad.

Solo cuando comprendemos la profundidad de estos hechos podemos reconocer las revelaciones de la verdad que se encuentran en el testimonio de Cesarea de Filipo. En el versículo dieciocho del capítulo dieciséis de Mateo, a Simón Barjonah se le cambia el nombre por el de Pedro, lo cual simboliza a los ciento cuarenta y cuatro mil, como se señaló anteriormente en un artículo reciente. La revelación matemática establecida en el versículo magnifica a Jesús como el Maravilloso Numerador, pues no solo puede entenderse que Pedro representa a los ciento cuarenta y cuatro mil, sino que Mateo 16:18 también es el símbolo matemático de "phi".

Antes de abordar las matemáticas asociadas con «phi», cabe señalar que «phi» forma parte de la palabra «Philippi», el segundo de los dos nombres de la ciudad de Panium. El versículo dieciocho indica que Jesús habló a Pedro en hebreo, lo cual fue consignado en griego y más tarde traducido al inglés. Estos tres pasos se refieren al control de Cristo sobre su Palabra. Cuando la palabra se considera según el sistema matemático de multiplicar las posiciones numeradas, se identifica que el nombre Pedro equivale a ciento cuarenta y cuatro mil, subrayando así a Jesús como el Maravilloso Enumerador. En ese mismo versículo, donde Jesús proclama que edificará su iglesia, el Maravilloso Enumerador controló el proceso de traducción para asegurar que la verdad representada en el versículo dieciocho del capítulo dieciséis representara el símbolo matemático de «phi».

Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mateo 16:18.

Su iglesia no está simplemente edificada sobre la doctrina de que Jesús es el Cristo y de que Él es el Hijo de Dios, sino también sobre el hecho de que Él es el Verbo, y el Verbo creó y controla todas las cosas, incluidas las matemáticas, la gramática y las obras de los hombres.

En quien también hemos obtenido una herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito de aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad. Efesios 1:11.

Phi, a menudo representado por la letra griega  $\phi$ , es una constante matemática aproximadamente igual a 1.618033988749895. Este número es conocido como la razón áurea o la proporción divina. Es un "número irracional", lo que significa que no puede expresarse como una fracción simple y su

representación decimal se prolonga infinitamente sin repetirse.

La proporción áurea tiene muchas propiedades notables y aparece en diversos contextos en las matemáticas, el arte, la arquitectura, la naturaleza y otros campos. A menudo se encuentra en figuras geométricas, como rectángulos, pentágonos y dodecaedros, donde la relación entre el lado más largo y el más corto es igual a phi.

En el arte y la arquitectura, se cree que la proporción áurea produce proporciones estéticamente agradables. Ha sido utilizada por artistas y arquitectos a lo largo de la historia, desde las civilizaciones antiguas hasta el Renacimiento y más allá, para diseñar composiciones, edificios y obras de arte. En matemáticas, la proporción áurea aparece en diversas ecuaciones y sucesiones matemáticas, incluida la sucesión de Fibonacci, donde cada término es la suma de los dos anteriores. A medida que aumentan los términos de la sucesión de Fibonacci, la razón entre términos consecutivos se aproxima a phi.

En el versículo 16:18, encontramos el número phi (1.618...). Jesús, el Dios "que obra todas las cosas conforme al consejo de su propia voluntad", determinó estampar Su firma como Palmoni, el Número Maravilloso, o el Numerador de Secretos, en la geografía profética que identifica el campo de batalla de Su iglesia contra las puertas del infierno en los últimos días. En ese campo de batalla profético, mediante Su control de los números, representó a los ciento cuarenta y cuatro mil con "Pedro", a quien se le cambió el nombre de "Simón", el que oye el mensaje de la paloma, a "Pedro", marcando así a los ciento cuarenta y cuatro mil como Su pueblo del pacto de los últimos días.

La "roca" que Él eligió para edificar su iglesia es la roca de fundamento, el cimiento y la piedra angular principal de los "siete tiempos" de Levítico veintiséis, porque no hay verdadero fundamento que no sea Cristo. Desde el bautismo de Cristo, cuando Simón "oyó" el mensaje de la paloma, hasta la cruz del Mar Muerto, durante mil doscientos sesenta días, dos veces cada día, hubo un sacrificio matutino y otro vespertino, excepto en el día final de los mil doscientos sesenta días, porque ese día, el sacrificio vespertino se le escapó al sacerdote, y en la cruz Cristo murió como la ofrenda número dos mil quinientos veinte.

Todo es terror y confusión. El sacerdote está a punto de sacrificar a la víctima; pero el cuchillo se le cae de la mano sin fuerzas, y el cordero escapa. El tipo ha encontrado su antitipo en la muerte del Hijo de Dios. El gran sacrificio se ha realizado. Se ha abierto el camino al lugar santísimo. Un camino nuevo y vivo ha sido preparado para todos. La humanidad pecadora y doliente ya no necesita aguardar la venida del sumo sacerdote. El Deseo de las Edades, 757.

La "roca" sobre la que edificaría su Iglesia es la piedra angular que desecharon los constructores; su número es "dos mil quinientos veinte". En un breve versículo, Cristo se presenta como el Señor de todas las cosas, y cuando lo hace está de pie y hablando en los versículos trece al quince del capítulo once de Daniel.

Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mateo 16:18.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

'Las cosas secretas pertenecen al Señor nuestro Dios; pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre.' Deuteronomio 29:29. La manera en que Dios llevó a cabo la obra de la creación nunca la ha revelado a los hombres; la ciencia humana no puede escudriñar los secretos del Altísimo. Su poder creador es tan incomprensible como su existencia.

Dios ha permitido que un torrente de luz se derrame sobre el mundo tanto en la ciencia como en el arte; pero cuando hombres que se declaran científicos tratan estos temas desde un punto de vista meramente humano, seguramente llegarán a conclusiones erróneas. Puede ser inocuo especular más allá de lo que la palabra de Dios ha revelado, si nuestras teorías no contradicen hechos que se encuentran en las Escrituras; pero quienes abandonan la palabra de Dios y buscan explicar sus obras creadas basándose en principios científicos van a la deriva sin carta ni brújula en un océano desconocido. Las mentes más grandes, si no son guiadas por la palabra de Dios en sus investigaciones, se confunden en sus intentos de trazar las relaciones entre la ciencia y la revelación. Debido a que el Creador y sus obras están tan lejos de su comprensión que no pueden explicarlas mediante leyes naturales, consideran la historia bíblica como no fiable. Quienes dudan de la fiabilidad de los registros del Antiguo y del Nuevo Testamento serán llevados a dar un paso más y a dudar de la existencia de Dios; y entonces, habiendo perdido su ancla, quedan a la deriva, golpeándose contra los escollos de la incredulidad.

Estas personas han perdido la sencillez de la fe. Debería haber una convicción firme en la autoridad divina de la Sagrada Palabra de Dios. La Biblia no debe someterse a prueba según las ideas humanas sobre la ciencia. El conocimiento humano es una guía poco confiable. Los escépticos que leen la Biblia por el mero afán de objetar pueden, debido a una comprensión imperfecta ya sea de la ciencia o de la revelación, afirmar que encuentran contradicciones entre ambas; pero, bien entendidas, están en perfecta armonía. Moisés escribió bajo la guía del Espíritu de Dios, y una teoría geológica correcta nunca afirmará descubrimientos que no puedan reconciliarse con sus afirmaciones. Toda verdad, ya sea en la naturaleza o en la revelación, es coherente consigo misma en todas sus manifestaciones.

En la Palabra de Dios se plantean muchas preguntas que ni los eruditos más profundos pueden responder jamás. Se llama la atención sobre estos temas para mostrarnos cuánto hay, incluso entre las cosas comunes de la vida cotidiana, que las mentes finitas, con toda la sabiduría de la que se jactan, nunca pueden comprender del todo.

Sin embargo, los hombres de ciencia creen que pueden comprender la sabiduría de Dios, aquello que Él ha hecho o puede hacer. Predomina en gran medida la idea de que Él está limitado por Sus propias leyes. Los hombres o niegan o ignoran Su existencia, o pretenden explicarlo todo, incluso la obra de Su Espíritu sobre el corazón humano; y ya no reverencian Su nombre ni temen Su poder. No creen en lo sobrenatural, pues no comprenden las leyes de Dios ni Su poder infinito para obrar Su voluntad por medio de ellas. Tal como suele usarse, el término 'leyes de la naturaleza' abarca lo que los hombres han podido descubrir respecto a las leyes que rigen el mundo físico; pero ¡cuán limitado es su conocimiento y cuán vasto el campo en el que el Creador puede obrar en armonía con Sus propias leyes y, sin embargo, completamente más allá de la comprensión de los seres finitos!

Muchos enseñan que la materia posee poder vital—que se confieren ciertas propiedades a la materia, y luego se la deja actuar mediante su propia energía inherente; y que las operaciones de la naturaleza se llevan a cabo en armonía con leyes fijas, con las cuales el mismo Dios no puede interferir. Esto es ciencia falsa y no está sustentado por la palabra de Dios. La naturaleza es la sierva de su Creador. Dios no anula sus leyes ni obra en contra de ellas, sino que continuamente las usa como sus instrumentos. La naturaleza da testimonio de una inteligencia, una presencia, una energía activa que actúa en y por medio de sus leyes. En la naturaleza está la obra continua del Padre y del Hijo. Cristo dice: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.” Juan 5:17.

Los levitas, en su himno registrado por Nehemías, cantaron: "Tú, sí, Tú, eres el único Señor; Tú has hecho el cielo, el cielo de los cielos, con todo su ejército, la tierra y todas las cosas que en ella hay, ... y Tú a todos los preservas". Nehemías 9:6. En cuanto a este mundo, la obra de creación de Dios está concluida. Porque "las obras fueron acabadas desde la fundación del mundo". Hebreos 4:3. Pero Su energía sigue ejerciéndose al sostener lo que ha creado. No es porque el mecanismo que una vez fue puesto en marcha continúe actuando por su propia energía inherente que late el pulso y un aliento sigue a otro; sino que cada aliento, cada pulsación del corazón, es evidencia del cuidado omnipresente de Aquel en quien "vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser". Hechos 17:28. No es por poder inherente que, año tras año, la tierra produzca sus frutos y continúe su movimiento alrededor del sol. La mano de Dios guía los planetas y los mantiene en posición en su ordenada marcha por los cielos. Él "saca su ejército por número; a todas las llama por nombre; por la grandeza de Su poder, porque es fuerte en poder, no falta ni una". Isaías 40:26. Es por Su poder que la vegetación prospera, que brotan las hojas y florecen las flores. Él "hace crecer la hierba sobre los montes" (Salmo 147:8), y por Él los valles se hacen fértiles. "Todas las bestias del bosque ... buscan su alimento de Dios", y toda criatura viviente, desde el insecto más pequeño hasta el hombre, depende cada día de Su cuidado providencial. En las hermosas palabras del salmista, "Todos ellos esperan en Ti... Lo que Tú les das, ellos lo recogen; abres Tu mano, se sacian de bien". Salmo 104:20, 21, 27, 28. Su palabra controla los elementos; Él cubre los cielos con nubes y prepara la lluvia para la tierra. "Da la nieve como lana; esparce la escarcha como ceniza". Salmo 147:16. "Cuando Él da Su voz, hay muchedumbre de aguas en los cielos; hace subir los vapores desde los extremos de la tierra; hace relámpagos con la lluvia, y saca el viento de Sus depósitos". Jeremías 10:13.

"Dios es el fundamento de todo. Toda verdadera ciencia está en armonía con Sus obras; toda verdadera educación conduce a la obediencia a Su gobierno. La ciencia abre nuevas maravillas a nuestra vista; se eleva a grandes alturas y explora nuevas profundidades; pero no aporta de sus investigaciones nada que entre en conflicto con la revelación divina. La ignorancia puede intentar sostener falsas ideas de Dios apelando a la ciencia, pero el libro de la naturaleza y la palabra escrita se iluminan mutuamente. Así somos conducidos a adorar al Creador y a tener una confianza inteligente en Su palabra." Patriarcas y Profetas, 113-115.